

## LA NOVELA DEL DICTADOR EN HISPANOAMERICA

Si la literatura, como toda manifestación artística, es producto de unas circunstancias socioculturales, en el caso concreto del tema que desarrollamos a continuación el aspecto testimonial, desde el punto de vista histórico, se intensifica notablemente. Por ello parece aconsejable recordar, aunque sea someramente, alguno de los aspectos característicos del «compromiso político» adoptado en ocasiones por los escritores hispanoamericanos.

El elevado número de países que integran Hispanoamérica, unido a la lógica diversidad de circunstancias sociales, culturales y económicas existente entre ellos, nos impide hablar de concretos condicionantes de la función literaria. Así, pues, las reacciones de los escritores frente a los problemas que aquejaban a sus respectivos países serán distintas, según las épocas y las circunstancias que concurriesen en cada uno.

Desde el punto de vista cronológico, nada más nacer la literatura hispanoamericana, en el apasionante capítulo que constituyen las narraciones de los cronistas, observamos ya que el autor—misionero o soldado—concibe la literatura como una posibilidad propagandística, lo que lleva implícito el tácito compromiso con uno de los grupos litigantes. Tal es el caso del padre Las Casas, de Bernal Díaz del Castillo, de Pedro Fernández, de Gutiérrez de Santa Clara, etc., por ceñirnos sólo a los nombres más conocidos del siglo XVI. Pero centrándonos en el tema objeto de nuestro estudio, será el apasionamiento romántico, coincidente con el período emancipador, lo que llevará a la casi totalidad de los escritores a utilizar su pluma como eficaz auxilio de la espada, bien en favor de la independencia de su patria, primero; bien en el de su ideología política como garantía de estabilidad y progreso, después. Así, Grossmann<sup>1</sup> admite que un 80 por 100 de los autores del siglo XIX desempeñaron cargos de diputados, ministros, etc., y Henríquez Ureña<sup>2</sup>, en el mismo período, cuenta 27 presidentes de Estado que se dedi-

<sup>1</sup> RUDOLF GROSSMANN: *Historia y problemas de la literatura latinoamericana*, Madrid, Revista de Occidente, 1972, pág. 230.

<sup>2</sup> PEDRO HENRÍQUEZ UREÑA: *Las corrientes literarias en la América Hispánica*, México, Fondo de Cultura Económica, 1969, pág. 239.

caron a la literatura. Estrechísima relación con este grupo guardan los literatos dedicados a la diplomacia o los que en determinados momentos de su vida desempeñaron funciones diplomáticas, desde Enrique Larreta, Amado Nervo o Rubén Darío, hasta Miguel Angel Asturias, Pablo Neruda o Alejo Carpentier, pues, como escribe Carlos Fuentes<sup>3</sup>: «En países sometidos a la oscilación pendular entre la dictadura y la anarquía, en los que la única constante ha sido la explotación; en países desprovistos de canales democráticos de expresión, carentes de verdadera información pública, de parlamentos responsables, asociaciones gremiales independientes o una clase intelectual emancipada, el novelista individual se vio compelido a ser simultáneamente legislador y reportero, revolucionista y pensador».

Evidentemente, esta postura de compromiso implica unos riesgos que en ocasiones llevarán a los escritores a prisión; otras, el exilio (recordemos los nombres de Augusto Roa Bastos, de Miguel Angel Asturias, de Luis Cardoza y Aragón y de tantos otros más); a veces, al enloquecimiento, como le ocurrió a Alfonso Cortés, y en último extremo, también al suicidio, como no hace muchos años le sucedía al peruano Ciro Alegría.

Bien es verdad que muchos literatos hispanoamericanos han aislado su obra literaria de los problemas sociológicos que los rodeaban, como la mayor parte de los modernistas. Y tampoco han faltado los colaboradores y aduladores del poder dictatorial, como Gómez Carrillo, aunque ello comportaba también el riesgo de una clara postura, y así, casi le cuesta la vida a Santos Chocano su amistad con Estrada Cabrera a la caída de éste. No obstante, hasta mediados del presente siglo se puede decir que ha predominado entre los autores una postura de legalidad liberal conducente a un naturalismo expresivo de la protesta de corte liberal también. Pero en los últimos veinticinco años se han ido acusando las posiciones de quienes analizan un sistema social en descomposición, prescindiendo de la crítica correspondiente a un determinado gobierno; por eso escribe Fernando Alegría<sup>4</sup>: «estas novelas, mágicas, reales, vastas, ya sea que se propongan armar o desarmar, y que Cortázar escribe en París, y Sábato en Buenos Aires, y Arguedas en el Cuzco, y García Márquez en Barcelona, y otros miembros del coro en otras tantas capitales y cortes del mundo, autorretratan una sociedad que es la misma para todos en su faz crítica y operada, cambiante, decisiva, y la autorretratan con el ojo que sabe ver, el único, el que sufre y se maravilla, el que entrecierra aterrado o colérico, el que va a estar

<sup>3</sup> CARLOS FUENTES: *La nueva novela hispanoamericana*, México, Joaquín Mortiz, 1972, pág. 12.

<sup>4</sup> FERNANDO ALEGRÍA: *Literatura y Revolución*, México, Fondo de Cultura Económica, 1970, página 43.

mirando unos cuantos años sin pestañear». Y éste será el «escritor comprometido» que nos hará vivir el terror o la cólera de diversas dictaduras, lo que inevitablemente nos lleva a pensar en las circunstancias que envuelven la aparición de cada uno de estos regímenes.

La primera característica que destacamos en la historia dictatorial hispanoamericana es la del caudillismo. Las dictaduras no surgen en torno a un partido, sino tras un individuo que dará su nombre al grupo político que encarna; que se hará conceder títulos especiales: «restaurador», «benefactor», «regenerador», etc., y cuya desaparición del espectro político apareja la del sistema que creó.

Morales Padrón<sup>5</sup> señala como algunas de las principales causas motivadoras de este caudillismo: el militarismo surgido en la guerra de la Independencia; la ignorancia de las grandes masas populares; la ausencia de tradición política; los afanes nacionalistas; la organización rural de la mayor parte de los países, etc. De la aparición del fenómeno caudillista a su conversión en dictadura sólo había un paso, y la mayor parte de las veces se recorrió con enorme facilidad.

Por su parte, como para el mantenimiento del dictador es indispensable la existencia de oposición, aparte de una eficaz organización policial, se fingen conspiraciones para poder pretextar la prisión o el destierro de las figuras más destacadas de la disidencia. Al mismo tiempo, con intencionalidad puramente propagandística, se fomentarán algunas obras públicas, dándose casos tan grotescos como la existencia puramente teórica de determinadas instituciones o la falta de funcionamiento de otras, como es el caso del hospital *Manuel Estrada Cabrera*, por citar sólo un ejemplo, que no llegó a admitir a un solo enfermo, según cuenta Julio Bianchi en el prólogo de *¡Ecce Pericles!*<sup>6</sup>. También el boato, la creación de condecoraciones sin fin para los adictos, la aparición de fiestas pomposas para conmemorar los aniversarios de la exaltación al poder, de las victorias del régimen o los simplemente personales del dictador. Tal vez las figuras más destacadas en este plano sean la de Santos en Uruguay y la de López de Santa Anna en Méjico.

Pero ¿cuándo comienza la aparición de la dictadura en Hispanoamérica? A esta pregunta no cabe sino responder que en la mayor parte de los países la dictadura es tan antigua como ellos mismos, ya que desde los momentos iniciales de la independencia surgen disensiones entre los independentistas, lo que produce la inestabilidad de los regímenes políticos surgidos tras la emancipación. Consecuencia inevitable de este confusionismo es la degradación absoluta del orden público,

<sup>5</sup> FRANCISCO MORALES PADRÓN: *Historia General de América*, vol. VI del *Manual de Historia Universal*, Madrid, Espasa-Calpe, 1962, págs. 193 y ss.

<sup>6</sup> RAFAEL ARÉVALO MARTÍNEZ: *¡Ecce Pericles!*, Guatemala, Tipografía Nacional, 1945.